César Vallejo, traductor

Mil novecientos treinta, un día de diciembre y en París: César Vallejo acudía con cuatro amigos a la estación del Quai D'Orsay para despedir a un sindicalista peruano que se disponía a emprender viaje de regreso a su lejano país tras haber asistido a un congreso celebrado en Moscú. La conversación, sometida al ritmo alterado de los encargos y las ocurrencias de última hora, discurría animadamente.

Y enfrascado se hallaba el grupo en los trámites propios de cualquier despedida entre amigos que, en el mejor de los casos, tardarán mucho tiempo en volver a juntarse, cuando a uno de sus integrantes le cayó encima del hombro la mano de un hombre que dijo: *Policía*, pidiéndoles a continuación de malos modos que se identificasen.

¿Qué había sucedido?

Pues que el ánimo desvelado del agente albergó la sospecha de que nada bueno podía resultar de aquel cónclave entre gentes con cara de indios y hablar español.

César Vallejo, visiblemente molesto, le pidió las oportunas aclaraciones, esgrimiendo su condición de periodista.

Oportunas, claro está, a su equivocado entender, pero no al de los representantes del orden, irritados ante tamaña insolencia. En fin: de momento, a comisaría, para charlar un rato; y luego, como inesperada consecuencia, tres órdenes de expulsión, respectivamente dictadas contra César Vallejo, Juan Luis Velázquez y Armando Bazán, escritor este último destinado a no pasar después desapercibido en los inquietos ambientes de la joven intelectualidad revolucionaria española de los años republicanos.¹ Para salir del país, tenían de plazo setenta y dos horas. Improrrogables, les advirtieron.

Y así, amablemente empujados, cruzaron los Pirineos, dirigiéndose de inmediato a Madrid, ciudad ya bastante familiar para Vallejo, quien a partir de octubre del veinticinco solía visitarla cada dos meses. ¿El motivo? De lo más prosaico: gracias a las gestiones de su magnífico amigo Pablo Abril de Vivero, diplomático de profesión, la lotería del Estado le tocó en forma de beca, por importe de trescientas treinta pesetas mensuales, so pretexto de unos estudios universitarios que el poeta nunca intentó ni siquiera cursar. Ahora bien, el hecho de renunciar a la ciencia no implicaba, por supuesto, el de hacer lo mismo con el dinero, unas pocas pesetas que a él le resultaban de todo punto indispensables para sobrevivir con infinita modestia. De ahí sus viajes de ida y vuelta cada dos meses. El administrador, obcecado en no pagarle por delegación, tenía la culpa.

¹ Colaboró en la prensa de izquierdas, particularmente en la comunista, fue redactor de Nueva Cultura (Valencia) y, prolongando sus actividades durante la guerra, publicó —por citar un ejemplo— en El Mono Azul. Prologado por I. Ehreburg, en 1935 sacó un ensayo contra Unamuno que no carece de interés a pesar de su dogmatismo (Unamuno y el marxismo. Madrid, Pueyo, 1935).

En esta ocasión, sin embargo, el retorno a París era imposible. En el difícil, por ocupado, panorama literario español de aquellos años quedó Vallejo obligado, al menos de momento, a forjarse un hueco, pues carecía de recursos materiales y, para ganarse la vida, sólo le quedaba el de escribir.

¿Puntos de apoyo? Las amistades de Pablo Abril de Vivero, a la sazón trasladado a España, y Juan Larrea, extendidas a sus respectivos círculos de amigos, en especial a los de Larrea, donde Vallejo forjó entrañables relaciones con Gerardo Diego y José Bergamín. Además, sus camaradas comunistas le pusieron en contacto con Rafael Giménez Siles, director de la célebre Editorial Cénit, una de las empresas más trascendentes de aquella etapa,² para la cual —enseguida lo comprobaremos— haría los trabajos que motivan el núcleo de estas notas. Pero con objeto de aclarar su situación, creo conveniente repasar antes, aunque sea con brevedad, el cara y cruz de sus publicaciones en España. Mucha cruz, por supuesto, más de la que a primera vista parece; y poca cara, menos de la que cabría deducir a partir de una escueta lista sin explicar de sus títulos. Vamos por partes.

Donde una cosa parece...

En *Bolívar*, la excelente revista de Pablo Abril de Vivero (Madrid), Vallejo venía publicando desde el primer número, correspondiente al 1 de febrero de 1930, una serie de reportajes a propósito de su visión y experiencias de la Unión Soviética. Sus crónicas despertaron notable interés, y pues el tema estaba entonces de máxima actualidad en España, como demostraba —entre otros— el éxito alcanzado por Diego Hidalgo con una obra bastante superficial aunque muy oportuna, *Un notario español en Rusia*,³ una marca nueva pero ya de prestigio, Ediciones Ulises,⁴ se dirigió a él para solicitarle un libro con sus impresiones.

Rusia en 1931, terminado de imprimir en julio, rebasó con creces las mejores expectativas del autor y los editores. Recomendado por la Asociación del Mejor Libro del Mes, en cuyo comité de selección figuraban escritores tan considerados como Azorín, Ramón Pérez de Ayala o Enrique Díez-Canedo, antes de finales de año se habían agotado tres ediciones casi consecutivas.

Entusiasmado, pero exagerando, César Vallejo hablaba del segundo best-seller de aquellos años, situándolo inmediatamente detrás de *Sin novedad en el frente* de Erich

² Fundada en 1928 por Rafael Giménez Siles, apoyado en principio por Juan Andrade y Graco Marsá, enseguida desvinculados de sus actividades, su primer libro, que significó la aparición de Sender, llevaba un prólogo apócrifo de Valle-Inclán, que se prestó encantado a firmarlo porque quería apoyar de manera pública los propósitos renovadores de Cénit. En total, publicó bastante más de doscientos libros, contándose entre ellos las obras fundamentales de los clásicos del marxismo, en ediciones preparadas o supervisadas por Wenceslao Roces, más títulos y autores de fundamental importancia en el panorama de la literatura contemporánea (Piscator, Hermann Hesse, Upton Sinclair, etc.).

³ Madrid, Cénit, 1929. La segunda edición también es del veintinueve y la tercera del siguiente año; la cuarta salió antes de 1935.

⁴ Integran su catálogo, con más de sesenta obras, autores como Jean Cocteau, Blair Niles, Ramón Gómez de la Serna, Blaise Cendrars, Ebreburg, García Lorca, Jules Renard, Víctor Serge, Rosa Chacel, Corpus Barga, Benjamín Jarnés y Francisco Ayala, entre otros.

María Remarque, publicado en 1929 por la Editorial España y cuyas ventas ya rebasaban la en aquellos tiempos increíble frontera de los cien mil ejemplares. Ahora bien, exagerase poco o mucho Vallejo, best-seller cuarto o si se quiere sexto, no cabe duda de que el libro constituyó negocio.

Y ese mismo mes de julio, pisándole los talones una obra a la otra, Plutarco puso en los escaparates de las librerías⁵ la primera edición española del asombroso *Trilce*, enriquecida por un prólogo de José Bergamín y un poema de Gerardo Diego, textos ambos clarividentes y en numerosas ocasiones reproducidos luego.

No ya en prestigio, sino incluso materialmente, César Vallejo tenía motivos sobrados para sentirse satisfecho si volvía la vista atrás: Plutarco le abonó mil quinientas pesetas por los derechos de autor, pagándoselas por adelantado; en Perú, a la hora de imprimir la edición original, en 1922, él se vio en la necesidad de costear todos los gastos, lujo que pudo permitirse gracias al dinero obtenido al ganar un concurso de cuentos.⁶

Para redondear las cosas, el poeta tuvo ocasión de añadir una novela a su lista de obras publicadas: *El tungsteno*, impresionante relato sobre la explotación de los indios peruanos reelaborado a partir de varios apuntes inéditos de *Código Civil* y un capítulo, «Sabiduría», dado a conocer desde las páginas de la revista *Amauta*. Incluida por Cénit, la ya citada editorial de Giménez Siles, en una de sus mejores colecciones de narrativa, «La Novela Proletaria», salió al lado de *Un patriota cien por cien* de Upton Sinclair, *Orden Público* de Ramón J. Sender, *El cemento* de Fedor Gladkov y *Sobre el Don apacible* de Mijail Cholókhov, entre otras. La tirada del libro oscilaría entre tres y cinco mil ejemplares, porque tales eran los márgenes de la serie, vendiéndose a cinco pesetas, el precio entonces habitual para las obras de unas doscientas páginas.

Hasta aquí el lado positivo. Hace falta visitar ahora el cuarto oscuro, donde las perspectivas, al acercarse, ennegrecen hasta negar las aparentes evidencias. Porque, como suele acontecer tantas veces, una cosa parece...

Pero otra es

Lo de *Bolívar*, para empezar por el principio, no pudo ser más inoportuno. ¡Paradojas de la infortunada vida de Vallejo! Llegaba él a Madrid para quedarse, salía el último número de la revista (diciembre-enero 1931), que le daba así la malvenida desapareciendo. Lo cual hacía, eso sí, cargada de firmas ilustres: Unamuno, Pablo Neruda, Rafael Alberti... *Bolívar*, pues, cesaba de publicarse cuando él más necesitaba de su presencia.

Su legado, no obstante, parecía todo menos malo: ahí quedaba la popularidad de sus crónicas, renovada y aun superada con *Rusia en 1931*; millares de volúmenes vendidos. En efecto, la herencia era buena, pero buena, claro, para quien la cobrase, que no fue el caso del autor, *ninguneado* por unos editores abocados a la quiebra a causa

⁵ Aunque en la cubierta figure la referencia de la CIAP, el libro fue editado por Plutarco. La CIAP únicamente se encargó de distribuirlo.

⁶ El cuento fue «Más allá de la vida y la muerte», publicado en junio por la revista *Varietades* (Perú) desde donde años antes los versos de Vallejo habían sido censurados con extremada dureza.

de su inconsciente falta de planificación empresarial.⁷ Recurrió a la mediación de amigos comunes. Se lamentó, protestó y pleiteó Vallejo; si acaso, le serviría de consuelo. Sin recursos, padeciendo necesidades, casi sumido en la pobreza, sus cartas se llenaron de lamentos:

El otro servicio —solicitaba angustiado a Gerardo Diego—, es acercarse a la editorial Ulises... y decirle al gerente... que me haga el favor de enviarme inmediatamente una liquidación de las ventas de *Rusia en 1931*, así como el saldo que, por concepto de estas ventas, haya a mi favor. Dígales que les he escrito varias veces y les he telegrafiado, reclamándoles este pago y no me contestan nunca. Dígales también que no recibo ni una perra gorda... y que en última carta me decían que ellos tenían un saldo a mi favor y me prometían pagarme pronto.

El *pronto* del plazo nunca llegaba, se dilataba siempre, pero las necesidades cotidianas no disminuían por eso. En enero del año siguiente, todo continuaba igual, o sea, peor:

Voy a pedirle, Gerardo, un favor —le insistía—. Me tiene Ud. crucificado en Madrid, sin poder moverme, ni yo ni mi mujer... Aquí espero día a día el resultado del proceso contra Ulises y tarda desesperadamente en producirse. Me hace falta en estos momentos una suma para salir de esta *impasse* angustiosa en que me encuentro y le ruego me haga el favor de proporcionarme mil pesetas, prestadas...

Ni procesos ni rogativas, Ulises, en la realidad ya quebrada, constituía una suerte de pozo sin fondo para sus misivas. Vallejo, que nada tenía, estaba derrochando su capital en sellos. Recibía a cambio promesas de cumplimiento imposible:

¿Ha visto usted de nuevo a Lorenzo? —preguntaba a su solícito amigo en abril del treinta y dos—, me escribió hace poco, diciéndome que todavía no le era posible pagar nada y que lo haría probablemente en Mayo.

Pero es que aparte de no beneficiarse económicamente, la fortuna del libro le salió cara. Estimulado por la halagüeña perspectiva de tan favorable aceptación, Vallejo se lanzó a escribir una especie de continuación, *Rusia ante el segundo Plan Quinquenal*. Trabajando con intensidad, la obra estuvo enseguida lista.

Entonces sucedió lo inesperado: uno tras otro, invariablemente, diversos editores le devolvieron el manuscrito. Ninguno ponía en duda lo elevado de su interés, pero todos le decían no.

¿Por qué?

La (sin)razón no puede ser más desgraciada: el mercado, venían a explicarle los hombres de empresa, comenzaba a mostrarse saturado y, por si fuese poco, la quiebra de Ulises, consecuencia a su vez de la suspensión de pagos de la CIAP, había sembrado las calles de la ciudad con carritos repletos de volúmenes saldados a bajísimo precio.

⁷ *Ulises, cómodamente acogida al sistema de distribución en exclusiva de la en apariencia poderosísima Compañía Ibero Americana de Publicaciones (CIAP), empresa literariamente dirigida por Pedro Sainz Rodríguez y sostenida merced al apoyo financiero de la Banca Bauer (filial en España de la Rotschildt), entró en proceso de quiebra cuando ésta presentó suspensión de pagos (verano de 1931) a causa de unas desdichadas operaciones especulativas de la citada Banca. Aquel contratiempo, de desastrosos efectos encadenados, provocó una crisis de largo alcance en el panorama editorial español, dejando en pésima situación económica a numerosos autores (más de cien habían contratado la exclusiva de su producción con la CIAP, que les daba un sueldo mensual fijo).*

Y en aquellos carritos no faltaban ejemplares de *Rusia en 1931*. Así pues, el baratillo de marras disuadía a los editores de poner en circulación, a precio normal, otra obra del mismo autor e idéntico tema, de manera que un trabajo sin cobrar cercenaba de raíz las posibilidades del siguiente. Tarea ardua se me representa la de dar con una peripecia más desgraciada.

Y lo peor del asunto fue que, lejos de constituir un incidente aislado, hizo costumbre, o poco menos; a saber: *Paco Yunque*, cuento escrito por encargo específico de un editor, resultó rechazado al ser considerado «demasiado triste». La cascada de negativas alcanzó un ritmo imparable:

¿Qué trabaja Ud. ahora? —preguntaba en enero de 1932 a Gerardo Diego—. Yo, nada. ¿A qué escribir, si no hay editores? No hay más que escribir y guardar los manuscritos con cerrojo

En la misma carta, escasas líneas antes, subrayaba la buena voluntad de Federico García Lorca, cordial acompañante suyo en un desalentador peregrinaje en busca de empresario para sus obras teatrales. En vista de los repetidos nones, Lorca, estudiando una de sus comedias, le planteó la conveniencia de corregir algunos pasajes. «Yo no sirvo para hacer cosas para el público, está visto», reflexionó Vallejo. «Sólo la necesidad económica me obliga a ello».

El editor Manuel Aguilar le devolvió una colección de piezas cortas. Y diversos grupos renunciaron a montarlas por considerar que se trataba de obras excesivamente *violentas*. Al intentar entreabrir las, las puertas del teatro se le cerraron del todo.

Pero no sólo las del teatro, porque la negativa se extendió a *El arte y la revolución*, una recopilación de ensayos. «¿A qué escribir?», se cuestionaba con muy comprensibles motivos.

Trilce, aislado, despertó el entusiasmo de la minoría más selecta. Literaria y humanamente aquello le resultaría gratificante, pero eso no restaba dureza a la lucha cotidiana por la vida.

El periodismo a destajo, repartido entre corresponsalías de publicaciones hispanoamericanas que en general no le pagaban o lo hacían mal aparte de tarde y colaboraciones esporádicas en diarios o revistas españolas (*Estampa, La Voz, Ahora*), representó su débil tabla de salvación. Una tabla tan débil e insegura que necesitó del ocasional refuerzo de las traducciones, aspecto usualmente ignorado o liquidado con leves alusiones cuando se analiza su trayectoria. No se trata, desde luego, de un aspecto esencial en la vida o en la obra de Vallejo, aunque eso tampoco justifica que apenas se le dedique atención.

Las traducciones

Como antecedente de la —digámoslo así— etapa española, existe una traducción efectuada en París a mediados de la década de los veinte. Vallejo tradujo entonces desde el francés un libro mediocre, si acaso de valor puntual, del general Mangin, alto mando de las tropas coloniales que alcanzó especial relevancia en el frente occidental a lo largo de la I Guerra Mundial y acababa de fallecer (1866-1925), circunstancia decisiva —supongo— para los editores repentinamente interesados por su obra, porque de

sobra se sabe que la muerte constituye en nuestros países, cuando de libros se trata, sólida garantía comercial.

Traducido por Vallejo «a bajo precio», inconveniente del cual intentaría resarcirse luego al esgrimir su trabajo ante el gobierno peruano en abono de una petición de ayuda, su versión de *Autour du Continent Latin* es un trabajo de compromiso, llevado a cabo con corrección y, obviamente, sin entusiasmo. Difícilmente hubiese podido ser de otra manera, porque la obra tampoco se prestaba a más.

En cuanto a las dos traducciones de esta inicial etapa en España, realizadas ambas para Cénit por expreso encargo de Rafael Giménez Siles, se impone aclarar desde el principio que ofrecen notoria desigualdad. La cual en buena parte responde a las características concretas de cada una de las dos obras: *Rue sans nom* de Marcel Aymé y *Élévation* de Henri Barbusse.

Hombre polifacético, autodidacta e inconformista, Marcel Aymé, escritor dotado de gran capacidad descriptiva y especial sentido para la recreación de ambientes, tipos y registros idiomáticos populares, construyó en su novela una historia sencilla, cargada al comienzo de misterio aunque precipitada e incoherentemente resuelta, de lectura amena y agradable pasar, sin pretensiones. Cualidades, si se quiere, en abstracto poco importantes, mas dicha valoración cambia —creo yo— cuando de la ligereza de su tono se pasa de golpe a las embarulladas elevaciones de Barbusse, novelista a la sazón canoizado en los medios revolucionarios internacionales, donde gozaba de una suerte de bula (no faltaron lúcidas voces de discrepancia) en calidad de *padre* del antibelicismo, motivo cuya popularización respondía al innegable desastre de la I Gran Guerra y la temida certeza de que el resultado de la II, ya presentida, minimizaría sus peores horrores, superándolos con creces.

La calle sin nombre salió en el mismo año que *El tungsteno*, y en la misma colección, «La Novela Proletaria», mientras *Elevación*, también impresa en el treinta y uno, sería incluida en una serie distinta, «Novelistas Nuevos», la más nutrida (si la memoria no me juega una mala pasada) de cuantas Cénit llegó a lanzar, digna además de recuerdo porque a través de ella se incorporaron al panorama de nuestra lengua obras y autores contemporáneos de señalada importancia; por ejemplo: *Manhattan Transfer* de John Dos Passos, *Demián* y *El lobo estepario* de Hermann Hesse, varios títulos de Lewis Sinclair y *El secreto de los rayos infrarrojos* de Alexis Tolstoi. Las dos obras que ahora nos ocupan, *La calle sin nombre* y *Elevación*, recibieron una acogida bastante discreta, y de hecho, al estallar la guerra, o sea, cinco años después de haber sido puestas en circulación, seguían disponibles ejemplares de aquellas tiradas.

Los críticos del momento, con excepción de los apasionados de Barbusse, que no renunciaron a jalear su obra, tampoco manifestaron ningún entusiasmo y, según mis datos, nadie reparó en las traducciones hasta el extremo de expresar un juicio. Y conviene aclarar que, enfrentadas a los perniciosos hábitos anteriores (aquellas versiones, como lamentó Antonio Machado, de novelas rusas pasadas al castellano desde el francés, en versiones a su vez trasladadas del inglés, idioma al cual llegaban procedentes del alemán), las editoriales *de avanzada*, incluidas Cénit y Ulises, cuidaron mucho ese particular.

Si se repara en Cénit, enseguida se caerá en la cuenta de que su relación de traductores abunda en nombres de escritores de probada capacidad: Manuel Azaña, José María Quiroga Pla o Wenceslao Roces, director éste de la crucial «Biblioteca Carlos Marx» y sus series complementarias («Documentos de comunismo», «Cuadernos mensuales de documentación política y social», «Cuadernos de cultura proletaria», etc.), especializado en el alemán.

Y si la atención se vuelve hacia Ulises, entonces se confirma la impresión apuntada, pues no en vano era Julio Gómez de la Serna, profesional cualificadísimo, quien allí controlaba directamente el apartado de las traducciones, siendo algunas de las suyas en verdad modélicas, apreciación corroborada por sus reiteradas reimpresiones a través de los años en todos los rincones del idioma.

Bien, anotado todo esto, procede la siguiente pregunta: ¿cómo traducía Vallejo? ¿Se permitía licencias o, por el contrario, se pegaba al original? Entremos en el asunto, pero no sin advertir antes que en apéndice se reproduce, en su versión doble y por supuesto íntegra, uno de los capítulos menos extensos (a este factor, en exclusiva, ha respondido la selección) de la citada novela de Marcel Aymé, cuya lectura comparada, en una primera y nada exhaustiva aproximación, me ha llevado a apreciar los siguientes rasgos:

Primero, y fundamental: Vallejo asumió concienzudamente la tarea, haciendo todo lo posible por ofrecer al lector una versión pulcra y amena, usando para lograrlo los registros más usuales del español culto, esto es, descartando casi por completo el empleo de peruanismos o cualesquiera otra peculiaridad localista, injertados de manera natural en su lenguaje poético, y adoptando siempre, por lo demás, criterios destinados a evitar ambigüedades y facilitar la instantánea comprensión del texto.

Aymé, por ejemplo, elude hasta el abuso las repeticiones de los nombres propios, lo cual en caso de una lectura rápida de vez en cuando obliga a retroceder con objeto de restablecer el sentido preciso. Vallejo, sistemáticamente, deshace de raíz la incertidumbre al rectificar el original añadiendo los nombres concretos o alusiones de malinterpretación imposible; por ejemplo:

L'eau fraîche ranima la jeune fille; ella passa la main sur son front, ouvrit les yeux, et eut une brusque détente musculaire, un mouvement d'instinctive défense. Méhoul, qui s'était retiré avec Manu vers le fourneau, ricanait:

— Vingt Dieux, si elle gigote...

Il n'avait pas besoin de se gêner, il pouvait rire au nez de la fille de Finocle. Manu épiait les bruits de la maison, tremblant de voir surgir à Finocle.

El agua fresca reanimó a Noa. Se pasó la mano por la frente, abrió los ojos y dio un brusco estirón muscular, una especie...

...

Méhoul no tenía por qué incomodarse. Podía reírsele en las narices a la hija de Finocle, mientras Manú espiaba los ruidos de la casa, temblando de ver surgir de pronto al padre de Noa...

(Cap. VIII)

De todas maneras, en relación a cuanto acabo de señalar a propósito de la ausencia de peruanismos u otros rasgos localistas, conviene llamar la atención sobre el hecho, subrayado por varios estudiosos de su obra, de que estos recursos son en él casi privativos de la poesía, empleándolos en comparación bastante poco al escribir en prosa, sea de creación o ensayística.

El habla santiaguina (de Santiago de Chuco), tal vez una de las claves de la consustancialidad telúrica de su castellano en verso, tan sonoro, no tiene, cuando la incrusta en sus narraciones, similar carga de profundidad ni parece emanar de un sentimiento espontáneamente y con natural autenticidad transformado en expresión literaria. *El Tungsteno*, a mi juicio una buena novela, ejemplifica bien tales limitaciones.

Vallejo, a fin de cuentas poeta, se muestra en prosa mucho más cauto que en verso, donde su sentido creador afloraba con absoluta plenitud. Y esta prudencia se advierte incluso cuando traduce, en especial al enfrentarse con palabras de argot o expresiones *fuertes*, cuyos matices traslada al español a partir de un criterio cambiante, intensificándolo unas veces pero atenuándolo en otras, la mayoría, como sucede en este caso:

— Tu ne peux pas? dis que c'est pour m'emmerder que tu veux rester ici, pour le plaisir de me sentir malheureux, de te payer ma tête avec ta garce de Noa...

Entre las varias excepciones de *garce*, Vallejo se inclina por la más suave: tonta. Y *amolarme* por *enmerder* también resulta, cuando menos, de dudosa fidelidad. Aquí está su versión:

¿Que no puedes? Declara más bien que es sólo por amolarme por lo que no te quieres ir, por el gusto de verme fastidiado y de burlarte de mí con la tonta de Noa...

(Cap. VI)

El novelista francés, pocos años antes —por cierto— distinguido con el Premio Théophraste Renaudot (1929), presenta, al menos en este libro, cierta tendencia —tampoco demasiado exagerada— a construir frases arborescentes, con innecesario exceso de partículas y comas, lo cual llega a ocasionar desajustes estructurales en la caracterización de algunos personajes, que revelan de repente capacidades argumentales en flagrante contradicción con la imagen mantenida a lo largo de la obra. Optando por simplificar la puntuación, Vallejo alcanza dos objetivos: más sencilla y ordenada la estructura de las frases, en ocasiones *devuelve* plena verosimilitud interna a determinados fragmentos. Consciente de que traducir implica mucho más que alinear palabras de significado equivalente a las del original, no lo hace preocupado por el diccionario, o mejor aún, no lo hace sólo preocupado por las palabras, sino también por trasladar el ritmo de un idioma a otro, es decir, traduce a partir de su propia e irrenunciable condición de escritor, buscando que *le suenen* las frases. He aquí algunos ejemplos, a mi entender elocuentes:

Ma pauvre demoiselle, ca n'est pas bien beau, chez nous. Bien sûr que c'est de ma faute, mais j'ai du mal aussi, allez, avec un homme et un fils qui sont feignants que c'est un malheur.

Pobre señorita, perdone usted la casa. Claro está que yo tengo la culpa. Pero imagínese que me veo apurada con un hombre y un hijo perezoso como ellos solos.

(Cap. III)

Entre cinq et six heures du matin, la rue bruissait de voix momes et de semelles trainées; les hommes sortaient des maisons, engourdis de chaleur, pour arriver dans les usines du lointain à l'heure ou le jour se lèverait...

Entre cinco y seis de la mañana, la calle se llenaba de voces taciturnas y de un ruido de suelas arrastradas. Los hombres salían de sus casas, embotados todavía por la fatiga, para ir a las distantes fábricas, al albotear el día.

(Cap. II)

Un frisson d'enthousiasme courut dans l'auditoire, des exclamations jaillissaient de ~~leurs~~ les poitrines, el y eut une mêlée de cris furieux, puis le tumulte se disciplina, devint plus fort. L'attention se fixait sur quelques phrases qu'on entonnait à plein gosier.

Un estremecimiento de entusiasmo corrió por la muchedumbre. De todos los pechos partían exclamaciones estentóreas. Luego, el tumulto disciplinóse y acrecentó su fuerza. La atención general retuvo unas cuantas frases que todos entonaban a grito herido.

(Cap. VIII)

Sin embargo, en otras ocasiones prefiere fundir dos párrafos en uno, rectificando así lo que considera una división errónea o susceptible de causar equívocos al imponer al lector pausas que el ritmo narrativo rechaza. Aduciré una muestra:

Le jour même, l'aventure de Johannieu était connue de toute la rue. En quittant les deux femmes, Johannieu n'avait pu garder toute sa joie pour lui. Il était rentré a son domicile avec un visage de gloire, et sa femme, partagée entre l'orgueil et l'indignation, avait entendu dans le détail toute l'histoire de la bouteille de champagne.

L'attitude de Noa, son sourire, ses paroles prirent un sens décisif. Louise Johannieu se hata d'ébruiter l'événement, en multiplia le récit pendant toute la journée et ne rencontra pas une personne qu'elle n'entreprit aussitôt sur le ton de la confidence. Son discours, les prémisses et les conclusions avaient été fixés une fois pour toutes, si bien qu'une version unique courut du bout de la fontaine au coin des gueux.

(Cap. VI)

Como enseguida se advertirá, César Vallejo introduce multitud de pequeñas transformaciones: quita y pone nombres; en lugar de traducir literalmente, prefiere a veces palabras con un matiz que acentúa las situaciones; simplifica los tiempos verbales (n'avait pu, no pudo; etc.); reordena algunas frases; y en resumen, confiere agilidad e infunde sentido literario auténtico a su versión. Son multitud de pequeños detalles que responden a dos intenciones: fidelidad al original, naturalidad a su trabajo. Comprobémoslo:

Aquel mismo día, la aventura de Johanieu fue del dominio público en la calle. Al alejarse de las dos mujeres, no pudo el hombre guardar su alegría para sí solo. Volvió a su domicilio con cara de gloria, y su mujer, poseída, a la vez, de orgullo e indignación, oyó de boca de Johanieu toda la historia de la botella de champaña. A los ojos de Luisa Johanieu, la actitud de Noa, su sontisa y sus palabras, tenían un sentido decisivo. Durante toda la tarde, se ocupó la mujer en propagar el acontecimiento a diestro y siniestro. No hubo persona que encontrase aquel día, a quien no contase inmediatamente lo ocurrido. Su discurso, premisas y conclusiones, fueron establecidos de una vez por todas, y lo fueron tan bien, que una versión única corrió de la esquina de la *Fuente* a la esquina de los *descamisados*.

La traducción, no obstante, también contiene algunos errores notables. No podía ser de otro modo. La vida de Vallejo, sometida a continuados acosos, abundó en momentos propicios al desaliento e, inevitablemente, trabajaría entonces con desgana y precipitación en las traducciones. De hecho, algunos fragmentos, contadas frases, aparecen trazadas de cualquier modo. Son pocas, pero son. Sirva esta muestra, correspondiente al final del segundo capítulo:

Je me fous de tes histoires, tu peux les garder pour toi. Ce n'était pas la peine de me mettre en retard pour mon pansement.

Basta de historias. Puedes guardártelas para ti. No valía le pena de quedarme para llegar tarde a que me hagan la cura.

En definitiva, al margen de explicables momentos de precipitación, se trata de un trabajo realizado con sobrada dignidad y rigor, respetuoso con el original pero sabiendo infundir al resultado el ritmo vivo del segundo idioma. Para expresarlo con una frase hecha, Vallejo, en cuanto traductor, no *traicionó* a Marcel Aymé, pero tampoco hizo pagar las consecuencias a su lengua, que tantas veces suena a jerga artificial o tartamudesco guirigay cuando hay traducción por medio. Una revisión profunda de sus versiones, en especial de *La calle sin nombre*, tal vez revelase algunos de los mecanismos más arraigados de su *técnica* literaria. El empeño merecería, y mucho, la pena.

Gonzalo Santonja

La calle sin nombre

Versión original

III

Le dimanche matin, un taxi automobile entra dans la rue par le bout de la fontaine. Cruseo, adossé à la maison qui faisait face à celle des trois vieux, l'aperçut le premier.

Au terme d'un débat, et sa conviction faite que les plus violentes injures n'entameraient pas le calme de Mânu, Cruseo s'était résigné à lui acheter son secret. Il s'engageait à fracasser une mâchoite encore anonyme, sous la foi d'un serment garanti par une lourde montre en argent qu'il abandonnait à Mânu jusqu'à exécution du contrat. Le lendemain à midi, armant l'un de ses compagnons d'un dur manche de pioche, il était allé réclamer la fille aux trois vieux tremblants de frayeur et de bonne volonté.

Le retour de la Jimbre au domicile de Cruseo s'était accompli avec une certaine solennité. Toute la rue, hilare, en avait apprécié l'ordonnance. Ses cottes troussées haut, la pêcheresse marchait d'un pas vif, poussée à grands coups de pied par son amant qui lui donnait du manche de pioche en criant qu'elle était une chienne, une fille souillée de vermine et que tous les démons d'enfer avaient inspiré un porc pour qu'il eût commerce avec sa garce de mère.

Soupçonnant que la Jimbre pouvait bien être froissée d'allégations aussi graves, Cruseo prit l'habitude, lorsqu'il s'absenta, de l'enfermer à double tour. Ses absences étaient d'une heure ou deux chaque matin, nécessitées par les soins qu'il fallait à sa main blessée. Au retour de la clinique, il ne manquait pas à faire une station d'un quart d'heure devant la maison des trois vieux qu'il injuriait avec discernement. Toutes portes closes et volets tirés, les trois vieux se gardaient de riposter, épouvantés et friands à la fois de ces apostrophes de haine dont l'obsécrité infiniment ingénieuse cinglait leurs ardeurs séniles.

Le taxi passa devant Cruseo comme il terminait sa harangue en formant le vœu que le sexe du diable éclatât dans les intestins de ces trois boucs moribonds. La voiture allait doucement, à cause de la boue épaisse qui l'empêchait. Cruseo, qui regagnait sa chambre, l'eut bientôt dépassée. Il marchait très vite, encore échauffé par son éloquence, et, songeant à des traits heureux qui lui avaient échappé dans l'instant d'avant, il était assez absorbé pour que cet équipage automobile n'éveillât point sa curiosité. Il était en face de chez Minche lorsque le taxi s'arrêta sous les fenêtres de Méhoul. Cruseo jeta un regard par-dessus son épaule, vit descendre un inconnu, et se hâta vers le coin des gueux. En arrivant chez lui, il eut l'étonnement de voir la porte entre-bâillée et le sens de cette porte ouverte lui parut assez évident pour qu'il ne cherchât point sa prisonnière sous le lit où elle était justement. Après avoir constaté que la serrure avait été dévissée de l'intérieur, Cruseo jura d'importance, ameuta tous les Italiens de la rue et dit qu'il fallait que cette fille se fût enfuie sous le manteau du diable pour avoir quitté la maison sans que nul ne l'eût aperçue. Il ne douta point de la retrouver dans la maison des trois vieux, et, entraînant derrière lui tous ses compagnons, partit d'un galop furieux pour le bout de la fontaine.

Sous le lit, la Jimbre écouta décroître les hurlements de la bande. Jugeant le moment propice, elle quitta sa cachette et gagna tranquillement la rue. A quatre cents mètres de là, Cruseo et ses hommes menaient grand tapage à la porte des trois vieux qui s'étaient heureusement barricadés. Les Italiens étaient trop occupés de leur colère pour que l'un d'eux prêtât la moindre attention à une silhouette de femme sortant de la rue par le coin des gueux. La Jimbre n'avait d'ailleurs que quelques pas à franchir pour être abritée des regards. A l'angle de la rue, elle croisa Minche et Mânu qui revenaient de faire la manille avec les inspecteurs de police. Crânement, elle s'arrêta, leur tendit la main, et dit à Minche pour son plaisir:

—Si tu vois Cruseo avant midi, dis-lui donc que je ne rentrerai pas déjeuner. Je ne voudrais pas qu'il soit inquiet.

Minche promit de bonne grâce et s'éloigna en compagnie de Mânu. Comme ils s'interrogeaient sur la cause du tumulte qui emplissait l'autre bout de la rue, ils croisèrent la femme de Johannieu. Elle expliqua :

—C'est Cruseo avec les autres Italiens. Ils disent comme cela qu'ils veulent donner les tripes des trois vieux à manger aux chiens. Je ne sais pas pourquoi; c'est peut-être une façon de dire, mais ils ont l'air bien remonté. A mon idée, ça sera encore pour une histoire de femmes. Ces vieux, aussi, ils sont plus dégoûtants que des gamins...

A mesure qu'ils approchaient, les deux hommes comprenaient mieux la gravité des événements. Déjà, l'on pouvait distinguer qu'il se préparait là-bas un carnage important; des hommes cognaient dans la porte à coups de pioche. Minche se pencha vers Mânu et dit :

—Cours donc jusqu'au café des Trois Boules, tu leur expliqueras ce qui se passe. C'est toujours intéressant pour eux, et puis pour toi aussi.

Tandis que Mânu s'éloignait au pas de course, Minche se dirigea vers le bout de la fontaine. Un peu à l'écart du groupe fiévreux, à cause de sa main en écharpe, Cruseo, l'oeil noir et les joues en feu, dirigeait les opérations du siège. Il clamait en italien que l'impudeur de ces trois vieillards offensait la chasteté de la Vierge à qui il dédiait déjà leur virilité honteuse, en faisant le simulacre d'affûter la lame de son couteau. Comme la porte était trop étroite pour que tout le monde y pût travailler à la fois, ceux qui n'étaient pas occupés de démolir, reprenaient en chœur les malédictions de Cruseo, en ajoutant de leur veine. Les curieux affluaient de toutes parts, et la foule grossissait à chaque instant. Minche s'était approché de Cruseo avec prudence et l'interrogeait sur la cause du tumulte. Emporté par l'ardeur du moment, Cruseo jeta dans sa langue maternelle des explications auxquelles l'autre ne comprit rien; puis, un peu hors d'haleine, il prit le temps d'essuyer son visage en sueur. Craignant de l'avoir irrité, et voulant se faire pardonner son indiscretion, Minche en profita pour lui glisser sur le ton de la camaraderie attentive :

—Je viens de rencontrer ta femme, elle m'a dit de te dire que tu ne l'attends pas pour déjeuner, que tu ne sois pas inquiet.

Cruseo connut l'émotion du voyageur auquel un chef de gare placide apprend qu'il s'est trompé de train. De son bras valide, il secoua le gros Minche et cria :

—Qu'est-ce que tu me dis!

—Je te dis que j'ai rencontré ta femme, elle m'a dit...

—Mais, puisque moi, je te dis qu'elle est là chez les vieux!

—Ça va, mettons que je sois un...

Il fallut bien accepter la vérité. Cruseo avertit ses compagnons et, sur le conseil de Minche, leur donna l'ordre de se disperser rapidement. Lui-même quitta le bout de la fontaine, non sans avoir informé les trois vieux qu'il les couperait un jour ou l'autre. Car il s'était habitué à l'idée de leur supplice et l'abandonnait à regret.

Les deux Méhoul, Finocle et sa fille Noa étaient réunis dans la cuisine. Assise à côté de la table, Noa examinait avec effroi la misère du logis et s'efforçait de sourire à ses hôtes. C'était une mince fille de dix-huit ans, belle, aux cheveux noirs crépelés, de teint mat. Le regard de ses yeux glauques, bridés, pareils aux yeux de Finocle, ajoutait à son visage une jeunesse étrange, un charme enfantin. Au milieu de la cuisine délabrée, sous les regards curieux des Méhoul, il semblait de cette jeune fille aux yeux étonnés, immobile dans sa robe de soie écarlate, qu'elle fût une princesse barbare, au destin suspendu.

Finocle, appuyé au mur, tenant encore une valise à la main, la considérait avec un visage soucieux, de crainte et de dévotion. La Méhoul, mains jointes sur son tablier et la tête penchée à demi sur l'épaule, s'extasiait dans une muette adoration, déjà avide de tous les dévouements. Voyant les regards inquiets de la jeune fille qui scrutait le désordre de la cuisine, elle eut honte de la saleté qui souillait son logis; pour la première fois, l'odeur de la misère offensa ses narines. D'une voix embarrassée, elle voulut s'en excuser :

—Ma pauvre demoiselle, ça n'est pas bien beau, chez nous. Bien sûr que c'est de ma faute, mais j'ai du mal aussi, allez, avec un homme et un fils qui sont feignants que c'est un malheur.

Noa, devinant aux inflexions attendries de cette voix la bonne volonté de la Méhoul, protestait avec un sourire d'amitié. Le vieux, irrité par les insinuations de sa femme, se défendit d'un ton rogue.

—Où donc que tu as vu que j'étais feignant. Tu voudrais peut-être que ça soit encore moi qui te fasse ton ménage. Elles sont toutes de la même graine, bonnes pour dépenser les sous qu'on a le mal de leur gagner, ces garces de femmes...

Finocle, blessé dans sa fierté paternelle par une formule de réprobation aussi générale, jeta sur Méhoul un regard presque féroce qui arrêta net ses développements. La Méhoul n'était pas moins scandalisée, elle le fit bien entendre à son homme et lui dit sans détour qu'il était une vieille bête, malpropre comme point.

—Cet homme-là, confia-t-elle à Noa d'une voix claironnante, ce n'est personne, mal embouché et tout. On ne peut pas seulement lui en vouloir; qu'est-ce que vous voulez, ça n'a pas plus d'éducation que mes fesses.

Noa écoutait tête baissée, n'osant l'interrompre, tandis que Méhoul rongea son frein dans le coin du fourneau et la regardait avec rancune. Heureusement, la Méhoul coupa court à la confusion de la jeune fille en s'avisant qu'elle pouvait bien avoir faim. Finocle la rassura, ils pouvaient attendre l'heure du déjeuner, mais peut-être Noa prendrait-elle une boisson chaude. La Méhoul trouva l'idée heureuse, elle fouilla dans un placard et, brandissant une bouteille, cria à son homme :

—Cours vite chercher un litre de rhum.

Elle tenait la bouteille à bout de bras, par le goulot. Brusquement, il ne lui resta que le goulot dans la main; Méhoul venait de fracasser la bouteille d'un coup de trique. Il s'en excusa auprès de Finocle et lui demanda de comprendre les choses; il n'était tout de même pas habitué à s'entendre parler ainsi. Devant le gourdin encore menaçant, un sentiment grave des réalités pénétra la Méhoul. Elle plaisanta le vieux sur sa vivacité et proposa un saladier de vin chaud. Il y avait justement tout ce qu'il fallait à la maison.

— Pendant qu'il va chauffer, vous pourrez aller vous débarrasser dans votre chambre.

Lorsqu'il fut assuré que le père et la fille étaient dans la chambre du fond, Méhoul haussa les épaules et dit à sa femme:

— Je te demande un peu, une robe en soie, des bracelets en or...

Mais la Méhoul n'était pas disposée à le suivre. Elle riposta avec une mauvaise foi ironique:

— Qui c'est qui t'empêche d'acheter des bracelets en or à Mânu.

Alors le vieux eut un rire de mépris qui donna un sens précis à ses paroles:

— Tu ne penses pas, des fois, que c'est son père qui lui a acheté toutes ces affaires-là.

La chambre du fond, à la suite des transformations imposées par Finocle, avait acquis un confort relatif. Avant d'aller chercher sa fille, Finocle avait fait expédier chez Méhoul quelques meubles dont il avait soigneusement ménagé l'ordonnance. La chambre était maintenant divisée par un paravent en deux parties inégales dont la plus grande, qui avait la jouissance de la fenêtre, était destinée à Noa. Entre le lit de la jeune fille et le paravent, il y avait un poêle de faïence blanche. Une grande armoire à glace placée à côté de la fenêtre, une table carrée, des chaises, un fauteuil et une table de toilette complétaient l'ameublement. Ayant posé ses valises, Finocle jeta sur l'ensemble un coup d'oeil satisfait. Avec un visage grave, Noa procédait au même examen. Silencieuse, la physionomie toujours impassible, elle alla jusqu'à la fenêtre et parut s'absorber à contempler la rue. Finocle, immobile au milieu de la pièce, attendait dans l'anxiété quelque appréciation de sa fille. En sa présence, il se sentait engourdi d'une extraordinaire timidité, il était dans une admiration tendre, infiniment respectueuse, de sa beauté, de sa voix, de ses moindres mouvements, comme un prêtre attentif à un miracle perpétuel. Dans sa vie de hasards peu avouables, en marge des légalités, elle était le seul bien qu'il eût sans conteste et qu'il pût défendre devant les hommes en se plaçant sur leur terrain — au moins en esprit. Surtout, il découvrait sa fille au moment où l'âge usait son industrie et ses curiosités d'aventurier. Jusqu'alors, sa vie avait été trop agitée pour qu'il lui accordât beaucoup d'attention et tous ses soins n'allaient qu'à lui assurer l'existence matérielle. Après sa dernière aventure qui l'avait tenu éloigné deux ans, il l'avait retrouvée avec une espèce d'étonnement attendri et pendant les trois jours qui avaient précédé leur retraite chez Méhoul, son coeur s'abandonnait au miracle de cette belle fille qu'il avait faite au bord d'un océan, il y avait dix-neuf ans.

Délaissant la fenêtre, Noa fit quelques pas dans la chambre. Ils furent l'un face à l'autre et Finocle vit des larmes briller dans les longs yeux clairs. Bouleversé, il tendit les mains dans un geste de protection humble. Elle détourna la tête, ses sanglots crevèrent, elle se jeta sur le lit, les mains collées au visage. D'une voix enfantine, que les sanglots, rendaient plus pitoyable, elle répétait avec un désespoir obstiné:

— Papa, je veux retourner au bordel... je veux retourner... je ne peux pas rester ici...

Finocle, livide, s'était laissé tomber sur une chaise. Dans toute sa sacrée garce de vie, il n'avait jamais rien entendu de pareil. Les bras pendants, la bouche entr'ouverte, il écoutait la révolte plaintive où revenait sans cesse le même mot. A la fin, Finocle eut si mal qu'il poussa un gémissement. Alors, il parut s'éveiller, une flamme lucide éclaira ses yeux bridés. Il dit avec une voix de maître:

— Tais-toi tout de suite ou je te donne une correction.

D'un coup, les plaintes et les sanglots eurent cessé. Noa pleurait en silence, le visage enfoui dans l'oreiller.

— Allons, relève-toi, commanda Finocle et regarde-moi. Bon. Je ne veux plus, tu m'entends. Mettons que tu aies été malade pendant six mois et qu'il n'en soit plus question, jamais, jamais. Quand je t'ai trouvée là-bas, je ne t'ai point fait de reproches, parce que ce n'était pas de ta faute. Mais ne m'en reparle pas. Il ne faut plus y penser du tout. C'est fini. Si nous sommes ici tous les deux, c'est à cause de toi. Seul, j'aurais pu gagner un pays où j'aurais été à l'abri, au moins essayer. Mais je n'ai pas voulu te voir là-bas une semaine de plus et j'ai choisi ce coin-là pour me faire oublier jusqu'à ce que nous puissions aller ailleurs; pour le moment, ce n'est pas possible. Je sais bien que la maison n'est pas gaie et je n'ai pas l'intention d'y rester non plus. A l'automne, peut-être à l'été, nous filerons. Patiente. Tu penses bien que tu n'es pas destinée à mener la vie d'ici, te marier à un ouvrier qui sente la sueur et le vin rouge; une vie de saleté et d'habitudes. J'aimerais presque autant te laisser où tu étais. Ce que je veux, c'est que tu sois heureuse et honnête. L'honnêteté, je l'ai vue dans tous les pays, je sais la faire. L'année prochaine, tu auras une auto, tu auras les maris que tu choisiras et celui qui ne te rendra pas heureuse aura affaire à moi. L'argent ne te manquera pas, je serai toujours là derrière toi. Tu vois bien qu'il ne faut pas pleurer.

Noa essayait ses dernières larmes, à demi consolée. Elle eut encore un sanglot nerveux et murmura:

— Madame m'avait promis qu'après le départ de la grande Régina, c'est moi qui aurais la chambre bleue.

Le visage de Finocle s'assombrit. En jalousie de Madame, ses yeux brillèrent d'un éclat haineux sous les paupières clignées. Sa voix farouche martela:

— Elle t'a promis la chambre bleue? Eh bien moi, je te dis que l'année prochaine, tu auras des chambres de toutes les couleurs, des tapis avec des poils longs comme le bras, des jets d'eau, des perroquets, et des meubles

chers, ah! Bon Dieu, mais chers. Je te donnerai ce qui te plaira, et tu n'auras qu'à t'amuser. Tiens, les plafonds seront dorés si tu veux.

Un étonnement joyeux arrondit la bouche de Noa.

—Dorés, dit-elle doucement, dorés...

Finocle contemplait avec orgueil le sourire de sa fille et souriait aussi. Elle mit un peu de poudre pour effacer les traces de ses larmes. Comme le chagrin lui avait un peu congestionné la tête, elle se plaignit de la chaleur. Finocle alla ouvrir la fenêtre et ils entendirent un grand bruit d'imprecations. Penchés par la croisée, ils purent assister au déploiement des Italiens qui assiégeaient, à quelque distance, la maison des trois vieux. Craintive, Noa se serrait contre son père en risquant de temps à autre un regard timide par-dessus son épaule. Au plus fort du tumulte, les assiégeants se disloquèrent tout d'un coup et, par petits groupes, gagnèrent l'autre bout de la rue. Cruseo, après la dernière menace à la maison silencieuse finit par emboîter le pas aux derniers. Il marchait seul, en hochant la tête, et l'on pouvait, à sa mimique, deviner qu'il était dans une grande colère. Par hasard, il leva la tête en passant sous la fenêtre de Finocle, vit la jeune fille à côté de son père et, pendant plusieurs secondes, resta nez en l'air à la dévisager. Finocle en eut quelque impatience et lorsqu'un instant après, il vit le jeune homme revenir sur ses pas en regardant Noa, il ne put se tenir de l'interpeller sévèrement. Cruseo tira galamment son feutre vert et répondit en souriant:

Finocle tira Noa en arrière et, sans écouter la suite, ferma la fenêtre avec un grognement furieux.

—C'est joli, dit Noa, comme il a causé. Le matin du soleil...

—C'est un imbécile, repartit Finocle en fronçant les sourcils d'un air soucieux.

Traducción de César Vallejo

III

El domingo por la mañana, un taxímetro desembocó en la calle por el lado de la *Fuente*. Cruseo, recostado en la casa que daba frente a la de los tres viejos, fue el primero en verlo.

Tras un largo debate y convencido de que nada podrían las injurias más violentas para alterar la calma de Mánú, Cruseo se resignó a comprarle su secreto. Así fue cómo se comprometió a quebrar una mandíbula aún desconocida, bajo juramento. Además, Cruseo garantizaba el cumplimiento de esta promesa dejando en poder de Mánú un reloj de plata de bolsillo, hasta la ejecución del contrato. Al día siguiente, a mediodía, Cruseo, acompañado de un amigo que iba armado de un mango de azada, fue a reclamarles su amiga a los tres viejos, trémulos de miedo y de buena voluntad.

El regreso de la Jimbre al domicilio de Cruseo tuvo lugar con cierta solemnidad. Toda la calle, con gran hilaridad, apreció debidamente el espectáculo. Remangadas las faldas hasta arriba, la pecadora avanzaba con paso vivo, empujada a puntapiés por su amante, que le daba en la espalda con el mango de la azada, gritándole que era una perra, una puerca y que todos los demonios del infierno habían inspirado al último de los puercos para tener comercio con la perra de su madre.

Poniéndose en el caso de que la Jimbre pudiese sentirse lastimada por alegatos tan graves, Cruseo tomó la costumbre, cada vez que se ausentaba, de encerrarla con doble llave. Sus ausencias eran de una a dos horas todas las mañanas y motivadas por las curaciones que le hacían en la herida de la mano. Al volver de la clínica no dejaba de pararse un momento ante la casa de los tres viejos, para insultarlos a sus anchas. Con las puertas y las ventanas bien cerradas, se cuidaban muy bien los viejos de responder, espantados y, a la vez, golosos de semejantes apóstrofes de odio, cuya obscenidad, infinitamente ingeniosa, azotaba y rascaba sus ardores seniles.

El taxi pasó en el momento en que Cruseo terminaba su arenga, pidiendo al destino que el sexo del diablo estallase algún día en los intestinos de aquellos tres cabrones moribundos. El coche avanzaba lentamente, a causa del barro espeso y cenagoso. Cruseo, al volver a su casa, habría avanzado más que el automóvil. El italiano iba a paso rápido, enardecido aún por su elocuencia, y, al pensar en los felices tragos que se le habían escapado últimamente, se engolfó tanto en sí mismo, que el equipo del automóvil no alcanzó a despertar su curiosidad. Ya estaba enfrente de la casa de Minche, cuando el taxi se detuvo bajo las ventanas de Méhouf. Cruseo lanzó una mirada por encima del hombro, vio bajar a un desconocido y corrió hacia la *Esquina de los descamisados*. Al llegar a su casa, se quedó asombrado al encontrarse con la puerta entreabierta. Aquella puerta a medio abrir fue para él un signo. Se apresuró inmediatamente a buscar a su prisionera, y no la halló. Después de comprobar que la cerradura había sido levantada desde dentro, Cruseo rugió cuanto pudo, llamó a todos los italianos de la calle, diciendo que la muchacha se había, sin duda, escapado bajo la capa del diablo, para que nadie en la vecindad se hubiese dado cuenta de su fuga. No dudaba, por lo demás, que volvería a hallarla en casa de los tres viejos, y, llevándose consigo a todos sus compañeros, partió corriendo y furioso por el lado de la *Fuente*.

Bajo la cama, la Jimbre oyó perderse a lo lejos el vocerío de la banda. Juzgando el momento propicio, salió de su escondrijo y se lanzó a la calle. A cuatrocientos metros de allí, Cruseo y sus hombres armaban un gran jaleo ante la puerta de los tres viejos, que, por fortuna, se habían parapetado tras formidables barricadas. Los italianos estaban demasiado ocupados por la cólera para darse cuenta de que, en ese momento, salía una silueta de mujer

por el lado de la *Esquina de los descamisados*. La Jimbre no tenía más que dar unos cuantos pasos para ponerse al abrigo de todas las miradas. Al llegar a la esquina de la calle se cruzó con Minche y Mánú, que volvían de jugar a las cartas con los inspectores de policía. Con mucha audacia, la Jimbre se detuvo, les dio la mano y le dijo a Minche, relamiéndose:

—Si ves a Cruseo antes de mediodía, dile que no me espere a almorzar. No quisiera que estuviese inquieto.

Minche prometió cumplir el encargo y siguió su camino con Mánú. Al enterarse del motivo del tumulto que llenaba el otro extremo de la calle, la mujer de Johannieu, que pasaba por allí a la sazón, les dijo:

—Es Cruseo, con los otros italianos. Están diciendo que van a dar de comer a los perros las tripas de los tres viejos. Yo no sé por qué. Quizá sea tan sólo una manera de hablar. Pero parece que están muy enfadados. A mi parecer, es seguramente una historia de mujeres. Esos viejos, también, son más cochinos que los mozos...

A medida que se aproximaban, los dos hombres se apertebían mejor de la gravedad de los hechos. Por de pronto, se podía ver de lejos que allí se preparaba una carnicería importante. Los italianos golpeaban la puerta con azadas. Minche se inclinó hacia Mánú y le dijo:

—Corre al café de las Tres Bolas y diles lo que pasa. Eso es siempre interesante para ellos y, además, también lo será para ti.

Mientras Mánú se alejaba a la carrera, Minche se dirigió hacia la *Fuente*. Un tanto apartado del grupo furioso, a causa de la herida de su mano, Cruseo, con los ojos negros de ira y las mejillas ardiendo, dirigía las operaciones de asedio. Gritaba en italiano que el impudor de aquellos tres viejos ofendía a la virginidad de la Virgen, a la que él consagraba ya sus virginidades vergonzantes, simulando afilar la hoja de su cuchillo. Como la puerta era demasiado estrecha para que todo el mundo pudiese operar sobre ella, los que no tenían nada que hacer acompañaban a coto las maldiciones de Cruseo, añadiendo otras muchas de su propia inspiración. Los curiosos acudían de todas partes y la multitud aumentaba por instantes. Minche se acercó a Cruseo con prudencia y le interrogó sobre la causa del tumulto. Arrebatado por la cólera del momento, Cruseo lanzó por respuesta, en su lengua maternal, una serie de explicaciones que el otro no entendía. Después, como le faltase el aliento, tuvo tiempo de enjugarse el sudor de la frente. Temiendo haberle irritado y queriendo hacerse perdonar su indiscreción, Minche aprovechó el momento para decirle por lo bajo y en tono de solícito compañerismo:

—Acabo de encontrar a tu mujer. Me ha dicho que te diga que no la esperes a almorzar y que no te inquietes.

Cruseo conoció entonces la emoción del viajero a quien un plácido jefe de estación le dice que se ha equivocado de tren. Con su brazo sano sacudió al gordo Minche y gritó:

—¿Qué dices?

—Te digo que he encontrado a tu mujer y que me ha dicho...

—¡Pues yo te digo que está ahí dentro, en casa de los viejos!

—Bueno. Entonces yo soy un...

Había que inclinarse ante la verdad. Cruseo advirtió a sus compañeros de lo que sucedía y, por consejo de Minche, les dio orden de dispersarse inmediatamente. El mismo Cruseo abandonó la *esquina de la Fuente*, no sin informar antes a los tres viejos de que daría cuenta de ellos el día menos pensado. Cruseo se había acostumbrado ya a la idea del suplicio de los viejos, y le costaba trabajo olvidarla.

Los dos Méhoul, Finocle y su hija Noa, estaban reunidos en la cocina. Sentada junto a la mesa, Noa examinaba con espanto la miseria de la casa, esforzándose por sonreír a los dueños. Era una joven delgada, de diez y ocho años, bonita, de cabellos negros y rizados y cutis mate. La mirada de sus ojos glaucos, un tanto oblicuos, muy parecidos a los ojos de Finocle, añadía a su figura una juventud extraña, un encanto infantil. En medio de la cocina destartada, bajo las ansiosas miradas de los Méhoul, se decía que aquella joven de ojos asombrados, inmóvil, con su traje de seda escarlata, era una princesa bárbara, poseída por un destino misterioso.

Finocle estaba aún recostado contra el muro y tenía en la mano la maleta. El hombre contemplaba a su hija con expresión inquieta, llena a la vez de temor y devoción. La Méhoule, con las manos juntas sobre el delantal y la cabeza medio inclinada sobre los hombros, se extasiaba en una muda admiración ante Noa, ávida de prodigarle todos sus cuidados. Al ver las miradas inquietas de la joven, que escrutaba el desorden de la cocina, La Méhoule tuvo vergüenza de la suciedad de la casa. Por primera vez, el olor de la miseria le subió hasta las narices. Con acento de embarazo trató de excusarse ante Noa, diciendo:

—Pobre señorita, perdone usted la casa. Claro está que yo tengo la culpa. Pero imagínese que me veo apurada con un hombre y un hijo perezosos como ellos solos.

Noa adivinó en las inflexiones enternecidas de aquella voz la buena voluntad de La Méhoule, y trató de paliar la vergüenza de la vieja con una sonrisa amistosa. Méhoul, irritado por las incitaciones de su mujer, se defendió en tono arrogante:

—¿De dónde sacas que yo sea un haragán? ¿Querrás, a lo mejor, que sea yo quien haga la limpieza de tu cocina? Todas las mujeres son la misma sarna. No sirven sino para gastar las perras que uno gana con tanto trabajo. ¡Valientes gusanillos!...

Finocle, herido en su orgullo paternal por una fórmula de reprobación tan general, lanzó sobre Méhoul una mirada casi feroz, que puso fin, de golpe, a su discurso. La Méhoule no estaba menos escandalizada, y se lo hizo entender claramente a su marido, diciéndole sin ambages que era un viejo animal y sucio como ninguno.

—Este hombre —dijo la vieja a Noa con voz de clarín— no vale una perra gorda. Mala boca y todo. No metece más que odio. Mal educado. Más limpio es mi trasero.

Noa la oía con la cabeza inclinada, sin atreverse a interrumpirle, mientras Méhoul se mordía la lengua en el rincón de la estufa, mirando a su mujer con ojos rencorosos. Felizmente, La Méhoule puso fin a la turbación de la joven, pensando que tal vez ésta no habría tomado nada aún. Finocle le respondió que no se preocupase, pues se podía esperar muy bien a la hora del almuerzo. A lo sumo, Noa podría tomar ahora algo caliente. La Méhoule dijo que, en efecto, iba a prepararle una infusión. Buscó en la alacena y, enarbolando una botella, le gritó a su marido:

—Corre, pronto, a buscar un litro de ron.

La Méhoule sostenía la botella con el brazo estirado y agarrándola por el gollete. De pronto no le quedó en la mano más que el gollete. Méhoul acababa de quebrar la botella de un garrotazo. El viejo presentó sus excusas a Finocle, apelando a su comprensión de las cosas. La Méhoule le había ya colmado las medidas y él no estaba acostumbrado a que le tratasen de aquel modo. Ante el garrote, aún amenazador, de su marido, La Méhoule tuvo un sentimiento grave de la realidad. Aventuró algunas bromas sobre la susceptibilidad del viejo, y ofreció una taza de vino caliente. Precisamente había en la casa todo lo necesario para prepararlo.

—Mientras caliente el vino —dijo La Méhoule— pueden ustedes ir a su cuarto a dejar las maletas.

Una vez que Méhoul se aseguró de que Finocle y su hija estaban en el cuarto del fondo, le dijo a su mujer, encogiéndose de hombros:

—Pero ¿tú has visto? Traje de seda, pulseras de oro...

Pero La Méhoule no estaba dispuesta a asentir y le suplicó con una mala fe irónica:

—¿Por qué no le compras también pulseras a Mânú?

El viejo tuvo entonces una risa de desprecio que dio un sentido preciso a sus palabras:

—¿Pero es que te crees tú que es su padre el que le compra todo eso?

El cuarto del fondo, transformado por Finocle, había adquirido un confort relativo. Antes de traer a su hija, Finocle había hecho llevar a casa de Méhoul algunos muebles, que él mismo se ocupó en ordenar y distribuir por el cuarto. Este estaba ahora dividido por un biombo en dos partes desiguales, la más espaciosa de las cuales, que comprendía la ventana, fué dedicada a Noa. Entre la cama de la joven y el biombo había una estufa blanca. Un gran armario de luna, colocado junto a la ventana, una mesa cuadrada, unas sillas, un sillón y una mesa de tocador completaban el moblaje. Después de dejar las maletas en el suelo, Finocle echó sobre el conjunto una mirada satisfecha. Noa, con aire grave, examinó la habitación. Silenciosa, la finosomía siempre impasible, avanzó hasta la ventana y pareció contemplar, absorta, la calle. Finocle, inmóvil en medio de la pieza, esperaba con ansiedad la opinión de su hija sobre el cuarto. En presencia de ella, se sentía poseído de una timidez extraordinaria. Consideraba con una admiración tierna e infinitamente respetuosa la belleza de Noa, su voz, sus menores movimientos, como un sacerdote atento y deslumbrado ante un milagro perpetuo. A través de su existencia llena de correrías inconfesables, al margen de la ley, su hija fué siempre para él el único bien que nadie podía negarle y que él podía defender ante los hombres, desde el terreno de éstos y moralmente. Sobre todo, Finocle descubría a su hija en un momento en que la edad agotaba ya su inventiva y sus curiosidades de aventuras. Hasta entonces, su vida había sido hartamente agitada para que pudiera dedicar a Noa mucha atención, y todos sus cuidados se reducían a asegurarle la existencia material. A raíz de su última aventura, que le tuvo lejos más de dos años, sintió por ella, al volverla a ver, una especie de asombro enternecido, y en los tres días que precedieron a la mudanza a casa de Méhoul su corazón se abandonó al milagro de esta hermosa criatura que él había engendrado a la orilla del Océano hacia diez y nueve años.

Noa se alejó de la ventana y dio unos pasos al azar. Padre e hija se encontraron frente a frente, y Finocle vió brillar unas lágrimas en los anchos ojos claros de Noa. Conmovido, Finocle tendió las manos en un movimiento de humilde protección. Ella volvió la cabeza, rompió en sollozos y se dejó caer en el lecho, cubriéndose el rostro con ambas manos. Con una voz infantil, que los sollozos hacían más lastimera, repetía desesperada:

—¡Papá! Quiero volver al burdel. Quiero volver... Yo no me quedo aquí...

Lívido, Finocle se desplomó en una silla. Nunca, en toda su perra vida, había oído nada por el estilo. Con los brazos caídos, la boca entreabierta, oyó unos instantes la queja de rebeldía de su hija, en la que resonaba sin cesar la misma palabra maldita. A la larga, Finocle sufrió tanto, que lanzó un gemido. Después pareció despettar, y una llama lúcida iluminó sus ojos. Y dijo con voz autoritaria:

—Cállate en seguida, o te doy un golpe.

Inmediatamente, las quejas y los sollozos cesaron. Noa lloró en silencio, con la cara hundida en la almohada.

—Vamos —ordenó Finocle—. Levántate y mírame. Bueno. No quiero oírte hablar más de todas esas cosas. ¿Me oyes? Hagamos la cuenta de que has estado enferma seis meses, y no toquemos eso nunca, nunca. Cuando te he encontrado allá, yo no te he hecho el menor reproche, porque comprendo que no fue culpa tuya. Pero no me hables más de eso. Ni siquiera pensar más. Se acabó. Si los dos estamos ahora aquí, es por ti. Solo, me habría ido ya a otro país, donde estaría seguro o, al menos, lo habría intentado. Pero yo no quería dejarte allí ni una semana más y he escogido este rincón para pasar desapercibido, hasta que podamos irnos a otra parte. De momento no podemos. Ya sé que la casa es triste, pero tampoco tengo intención de que nos quedemos aquí. Apenas llegue el otoño, y tal vez antes, para el verano, nos iremos. Paciencia. Supongo que tú no estás destinada a llevar esta vida, ni a casarte con un obrero que apeste a sudor y vino tinto, una vida sucia y rutinaria. Para eso, más valdría dejarte donde has estado. Lo que yo quiero es que seas feliz y hontada. La honradez, yo la he visto en todas partes y sé cómo se hace eso. El año que viene tendrás un automóvil y el marido que quieras escoger, y

si no te hace feliz, yo me las arreglaré con él. Dinero no te faltará. Yo velaré a tu lado siempre. Ya ves, no hay que llorar más.

Noa se enjugó las lágrimas, un tanto consolada. Tuvo aún un sollozo nervioso, y murmuró:

—La señora me había prometido que, después que se fuese Regina, la alta, me daría a mí la habitación azul.

El rostro de Finocle se ensombreció. Celoso del ama, sus ojos brillaron con un relámpago de odio bajo los párpados entornados. Con voz entrecortada dijo:

—¿Te ha prometido la habitación azul? Pues yo te digo que el año que viene tendrás habitaciones de todos los colores, tapices con felpas largas como un brazo, surtidores, loros y muebles carísimos, ¡ah!, muy caros. Yo te daré todo lo que quieras, y tú no tendrás que hacer más que divertirte. Mira, el techo será dorado, si quieres.

Un asombro regocijado redondeó la boca de Noa, que respondió suavemente:

—Dorado... Sí... Dorado.

Finocle contempló con orgullo la sonrisa de su hija, y también sonrió. Noa se puso unos pocos polvos para borrar las huellas de sus lágrimas. Como la pena había congestionado un tanto sus mejillas, se quejó del calor. Finocle fué a abrir la ventana y se oyó un gran alboroto de imprecaciones. Al asomarse a la ventana asistieron a la movilización de los italianos que sitiaban, a cierta distancia, la casa de los tres viejos. Atemorizada, Noa se refugió en brazos de su padre, arrojando de cuando en cuando unas miradas por encima de sus hombros. En lo más álgido del tumulto, los asaltantes se dispersaron de pronto y, en pequeños grupos, avanzaron hacia el otro extremo de la calle. Cruseo, después de lanzar la última amenaza a la casa silenciosa, acabó por seguir a los demás. Avanzaba solo, moviendo la cabeza, y se adivinaba, por su mímica, la gran cólera que le poseía. Sin darse cuenta, levantó la cabeza al pasar bajo la ventana de Finocle. Vio a la joven junto a su padre y, durante unos segundos, permaneció con la nariz en alto, mirándola. Finocle empezó a impacientarse, y cuando, unos instantes después, vió al mozallete volver sobre sus pasos, sin despegar los ojos de Noa, no pudo contenerse y le interpeló severamente. Cruseo se quitó galantemente el sombrero de fieltro verde y respondió sonriendo:

—Muy buenos días, señor, y mis respetos a la señorita, su hija, que es más bella que una mañana de sol en la montaña en flor...

Finocle tiró de Noa hacia adentro y, sin escuchar el resto, cerró la ventana con un gruñido furioso.

—¡Qué bonito —dijo Noa— lo que ha dicho! Una mañana de sol...

—Es un imbécil —replicó Finocle, frunciendo las cejas con aire preocupado.